




la soledad descansa cuando
muere el invierno

Ana
Belio
Gámez

 publicatustibros.com

**La soledad descansa
cuando muere
el invierno**

Ana Belio G3mez

© 2007. Ana Belio Gámez

Todos los derechos reservados a favor de Íttakus, sociedad de la información, S.L.

© Portada diseño y difusión de la obra: Íttakus

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor.

Publicatuslibros.com es una iniciativa de:
Íttakus, sociedad para la información, S.L.

CIF B 23576481

C/ Sierra Mágina, 10.

23009 Jaén-España

www.ittakus.com



Ana: Nota del editor

Ana es un encuentro casual en un vida llena de casualidades. Tal vez ¿existen las casualidades? Los deterministas lo niegan; pero en mi caso, día a día me voy dando cuenta de que esas casualidades sí que existen.

Ana ha sido un hallazgo de la Red. Tras compartir la misma plataforma de blogs, Obolog.com, hemos descubierto entre pucheros a una escritora llena de intrahistorias, de bondad y sensibilidad que bien merece una oportunidad. Los lectores deberán juzgar. Pero creo sinceramente que hay madera. Tendremos que darle cada día, permítaseme la expresión, un poquito de “lija” para afinarla, pero, insisto, hay madera.

Estos relatos de Ana rozan lo poético desde una prosa sencilla y fácil de entender. Sus palabras son tan limpias como su corazón. Y las palabras, que hila con primor, transparencias de un alma preñada de ilusiones.

Todo un lujo.

Fernando R. Ortega
Editor
www.fernandortega.com

ÍNDICE

La soledad descansa cuando muere el invierno

Ella

Él

Ella

Reflexión sobre un adiós

Quiero vivir, quiero sentir

Amanecer cruzado

Recuerdos vacíos

Dos visiones diferentes de sentir la violencia de género

Una: Sonaba una vieja canción

Otra: Sueño roto

Amor en soledad

Sólo soy... yo

La autora

La soledad descansa cuando muere el invierno

Como cada día sentada en el andén, María pensaba si la gente que estaba esperando el tren estaba satisfecha de su vida. Por su parte, ella sabía que esa soledad que le embargaba y acompañaba incluso cuando estaba rodeada de gente, era una amiga fiel que no tenía intención de irse.

Una soledad que nacía muy dentro de ella, un vacío que necesitaba llenarse de alguna manera y que nunca conseguía entender con qué. Sin embargo, María ignoraba que su vida estaba a punto de cambiar.

Al detenerse el tren en la estación de Retiro se levantó y bajó movida por un impulso. Sintió la necesidad de pasear por ese parque en el que aún el oxígeno era respirable. Cuando se encontró en la calle recordó que el día era muy frío para pasear, pero su necesidad era tan fuerte que se ajustó su bufanda y se dispuso a entrar.

El frío la rozaba en la cara y le gustaba, hacía que se sintiera viva. Apenas había gente y una vez más pensó que la soledad se empeñaba en acompañarla siempre. Era muy relajante ver los árboles en otoño, se mostraban firmes demostrando así que eran los dueños del lugar; se erguían impetuosos y orgullosos de su fuerza.

Se dirigió hacia el estanque, el agua reflejaba el sol y se admiró de ver a una pareja en una barquita. Se miraban continuamente a los ojos y supuso que el romanticismo debía ser una hermosa terapia para el frío. A la derecha, varios echadores de cartas esperaban que alguien se fijara en ellos, pero María era escéptica por naturaleza y siguió adelante. Sintió deseos de fumar un cigarrillo, se sentó en un banco y le encendió. Cuando se disponía a levantarse advirtió a lo lejos algo: parecían dos zapatos abandonados y sin saber bien porqué se acercó. Según se acercaba, el corazón, empezaba a latirle más deprisa. No eran unos simples zapatos era el cuerpo de una mujer. Estaba muerta.

Se quedó inmóvil unos momentos sin saber que hacer. La imagen de esa mujer joven y con marcas en el cuello le revolvió el estómago. Dio unos pasos, sacó su móvil y llamó a la policía.

Al día siguiente cuando se dirigía a trabajar recordó todo. Las preguntas de la policía; les dijo que no sabía nada; que sencillamente daba un paseo; encontró el cadáver y después de dar todos los detalles, volvió a su casa. A la mañana siguiente compró el periódico como cada día, le impactó leer un amplio artículo sobre ello. Se sentía extraña al saber que ella había encontrado el cadáver. Leyó con avidez. Era una mujer normal con un trabajo corriente de tan sólo 32 años. Se encontró con la muerte en un frío día de otoño. Sin embargo, sintió especial tristeza al leer que había dejado a una niñita de tan sólo cinco años.

Pensaba que la vida era increíble, mientras subía en el ascensor del edificio donde estaba su despacho. Un día de repente ya no estás. Todo se termina o alguien

te quita la vida y acaba con todo. Estaba como en una nube y quizás pensó que lo mejor ese día hubiera sido quedarse en casa. No podía dejar de pensar en ello. Pensaba en esa niña que ni tan siquiera conocía y se preguntaba que sería ahora de ella, ¿Con quién estaría? ¿Quién se haría cargo de ella? Cómo le dirían que su mamá ya no vendría nunca más; seguramente el hecho de estar a diario intentando ayudar a niños en situaciones parecidas, le volvía susceptible.

Su secretaria, una mujer de mediana edad y fiel a su trabajo, esperaba como cada día, con su serena belleza y su forma de vestir algo recia para el gusto de María. Aunque entendía que era apropiado para ese despacho. Ella nunca había dado órdenes al respecto, dejaba amplia libertad a Inés y al resto de las personas que colaboraban con ella en su ONG, para que vistieran a su gusto. Por supuesto no mencionó a nadie lo sucedido. Al menos de momento, pensaba callar. Se limitaría a hacer su trabajo e intentaría seguir con su vida como hasta ahora.

Inés apareció con su taza de café.,

-Tienes mala cara María, debes salir más. Inés se empeñaba en aconsejarla parecía su hermana mayor, no le molestaba, su confianza en ella era tan firme, que incluso a veces agradecía sus charlas y sus continuas recomendaciones.

-Quizás te interesaría conocer a un amigo de mi marido; tiene 34 años igual que tú y su situación financiera es muy buena y además, es guapo. María sonrió. Inés no entendía que ella prefería estar sola. Era su estado natural.

Mientras miraba sus papeles y solicitudes de cada día, volvió a su mente la chica del parque. Estaba empezando a apoderarse de ella una curiosidad por saber más, por averiguar qué había pasado, por saber qué sería de esa niña. ¿Y el padre?...

Era viernes y su jornada estaba a punto de terminar. Había tomado una decisión... Iría a su casa, cogería algunas cosas, y después pensaba ir al refugio que tenía en la playa. Necesitaba descansar y olvidar todo lo que había pasado. Esa casita era el único lazo de unión que tenía de su pasado, de sus padres, de su hermano. Su familia, que hacía ya muchos años también habían decidido dejarla sola. Si aquel maldito día no hubieran discutido, el recuerdo hacía ellos después de su muerte hubiera sido más fácil. Cuando pasaron varios meses, e incluso ahora que habían pasado años, estaba cada vez más segura: siempre estaría sola, acompañada de esa soledad que a veces le abrazaba y reconfortaba, y en otras ocasiones le oprimía el corazón con fuerza. Nunca se ahogaba, seguía adelante y se dejaba llevar por el paso del tiempo. Ese tiempo que la había enseñado a ser humilde consigo misma y con todo lo que la rodeaba.

Nunca el mar le había parecido tan bonito desde su terraza. Hasta donde su mirada alcanzaba el horizonte, el mar respondía con esa fuerza, ese olor, que eran un regalo para sus sentidos. Se sentó en su butaca; dejó que la sensación embriagara sus sentidos y alimentara su alma. El mar era para ella una necesidad que nacía en su interior. Esa casa era la llave para conversar consigo misma, sólo allí lo conseguía... ¡Esa niña huérfana! ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella? No sabía nada de ella; No sabía cómo era. Acababa de descubrir que necesitaba a esa niña. Deseaba conocerla y tendría que averiguar porqué.

Faltaban apenas dos meses para navidad. María recordaba las navidades pasadas, las más nostálgicas que recordaba en mucho tiempo. Cuando estaba totalmente a solas en su casa con sus recuerdos, añoraba a su familia. Sus recuerdos se centraban sobre todo en su madre, en su mirada, su voz, sus cuidados y aunque recordaba también la voz firme de su padre, los juegos y confidencias de su hermano, añoraba a su madre por encima de todo. A pesar de la vida confortable que disfrutaba a causa del dinero y bienes que la habían dejado, hubiera preferido que su vida hubiese estado más repleta de cariño. Sí se hubiera casado, sí hubiera tenido hijos... quizás y sólo entonces habría sido más fácil olvidar. Sin embargo su rechazo a enamorarse había sido superior a ella y cada día estaba más segura que el impacto de la pérdida de su familia, era el motivo de su rechazo a tener una vida más llena.

Inés esperaba con los informes y solicitudes que cada día descansaban encima de su mesa.

-He revisado todo al llegar, aunque hoy resaltaría a esta niña.
Inés buscó el informe.

-¡Fíjate!, esta niña ha perdido a sus padres en dos meses; está completamente sola; no tiene abuelos; ni familia que la pueda acoger. Su padre murió en un accidente. Y lo peor es que su madre murió presuntamente asesinada en el parque del retiro. Ahora está en el centro de acogida.

María escuchaba a Inés con el informe en sus manos y sin embargo era incapaz de leerlo. No podía creer lo que estaba pasando. Una vez se quedó a solas, se dispuso a leer para comprobar si su corazón no le engañaba, ya que parecía que la casualidad ponía el futuro de esa niña en sus manos.

Era muy fácil. Sólo tenía que decir que se tomaba la mañana libre y dirigirse a la dirección que indicaba el informe. Una vez allí, hablaría de su interés por adoptar y podría verla...

Cuando María informó a la persona que le atendió, que estaba interesada en ver a algunos niños y añadió que llevaba una ONG y se dedicaba a facilitar los trámites de adopciones, fue bastante fácil conseguir su objetivo. Al llegar a una estancia donde muchos niños jugaban a diversas cosas, creyó adivinar que una niña sentada junto a la ventana, apartada, y dando la espalda a todos, era quién buscaba. Al ver que la mirada de María se dirigía hacia allí, la persona que le acompañaba, confirmó sus sospechas.

-Es Marta. Su caso es preocupante. Ha perdido a sus padres en cuestión de dos meses. Cuando aún no había asimilado la muerte de su padre por accidente, su madre apareció muerta en el parque del retiro.

El corazón de María se aceleró. En ese instante al escucharlas, la niña, miró.

-Hola, dijo María.
-Hola, ¿Cómo te llamas?
-María, ¿Y tú?

-Marta. Estaba buscando a mi mamá. Me han dicho que está allí. La niña señaló hacia el cielo cubierto de nubes.

María se quedó unos momentos mirándola. Nunca había visto unos ojos tan bonitos y tristes a la vez. La niña a su vez, observaba esperando una respuesta.

-Bueno Marta, yo creo que no verás ahora a tu mamá, lo mejor será que intentes cerrar los ojos, piensa en mucho en ella. Seguro que así podrás verla y nunca olvidarás la cara de tu mamá.

La niña cerró los ojos y después de unos segundos añadió; No consigo verla.

-Tendrás que intentarlo más veces, las primeras veces no se consigue.

- ¿Sabes dibujar una casa?

-Sí claro.

-¿Me dibujas una?

Cuando habían pasado algo más de dos horas, salió del centro y decidió tomarse el resto del día libre. Quería irse a su casa para estar a solas. Tenía muchas cosas en que pensar.

Las navidades llegaron y aunque estuvo sola, agradeció a Inés que le invitará a su casa. Cenar en nochevieja con una familia de verdad era muy reconfortante, y estar rodeada de los dos hijos de Inés alegró mucho el ambiente. Además este año tenía una ilusión.

Habían pasado ya varios meses desde que había conocido a la niña. Después de pensarlo y estar segura de lo que quería hacer, María decidió empezar los trámites de adopción.

En ese tiempo había visto a Marta a diario, y se había creado entre ellas un grado de complicidad muy fuerte. Se averiguó que su madre había sido víctima de la violencia de género. Un hombre con el que mantenía relaciones incluso antes de morir el padre de Marta, había acabado con su vida.

La niña poco a poco se conformó con el hecho de que sus padres habían muerto. Aunque no lo entendía del todo, se fue entregando a María poco a poco. Entonces le explicó que iría con ella a su casa y que intentarían crear una familia.

María pensaba en lo fácil que había resultado hacer los trámites de adopción. Su nivel económico y el hecho de trabajar como mediadora en adopciones, había facilitado a María conseguir su deseo. Aunque aún no le habían concedido la adopción de Marta, sabía que era cuestión de días. No dejaba de pensar lo frustrante que era para muchas familias no conseguirlo. Lo veía a diario. Ella lo había tenido fácil, pero cantidad de personas no lo conseguían. Las exigencias eran tan estrictas que incluso familias con un nivel económico aceptable no lo conseguían. Era injusto pero no había manera de cambiar las leyes. Por otra parte había demasiados niños solos. Quizás más adelante las exigencias disminuirían.

Y ahora que ya estaba todo organizado, incluso el colegio donde pensaba matricular a Marta, se hacía eterno esperar tan sólo unos días. Cuando contó a Inés la historia de la niña y confirmó que pensaba adoptarla, su amiga le abrazó y

demonstró con su apoyo lo mucho que deseaba su felicidad. María recordaba de ese momento la mirada llena de ternura de Inés y estaba segura que siempre podría contar con ella.

El mes de marzo estaba casi acabando y el primer día de primavera, Madrid estaba radiante y fue aún mejor cuando por fin le entregaron a Marta. Después de comer fueron de compras. La niña entusiasmada con la ropa nueva, zapatos, material escolar y una muñeca, no paraba de hablar y María sonreía al verla tan emocionada.

Cuando al fin acabaron, se fueron dando un paseo. Al pasar por el parque del retiro, nuevamente María tuvo el impulso de entrar. Mientras Marta corría emocionada, volvió a admirarse de la belleza del parque acentuado con la llegada de la primavera.

La niña apareció con una flor pequeñita que había arrancado de la hierba. Al entregársela, se abrazaron. En ese momento se dio cuenta que por primera vez después de muchos años no se sentía sola. Pensó que la soledad descansa cuando muere el invierno.

Ella

La sierra se veía nítida en una mañana fría del mes de enero. La contaminación hacía un efecto de fino velo flotando en la línea del horizonte. Daba la sensación que el velo bajaría como un telón para cubrir el paisaje.

En esa ciudad se sentía centro de ninguna parte, una minúscula gota del océano. Se sentía prisionera de sí misma, encarcelada con el resto del mundo por respuesta. Entonces deseo escapar, escapar lejos, sentir la soledad y el silencio en los brazos de él, ese hombre que un año atrás, había cambiado la visión de su horizonte.

Un compendio de voces y gritos silenciosos, trasnochaban en su interior.

La sierra estaba teñida de blanco. La nieve formaba formas caprichosas en sus cumbres y recordó, cuando muchos años atrás en su niñez la nieve era compañera de juegos y silencios.

Entonces se sentía libre cuando en su trineo, se deslizaba por esa capa espesa e inmaculada. Pensaba e intentaba recobrar esa inocencia que entonces sentía.

Pero todos esos recuerdos, habían quedado muy lejos, la realidad ahora era su compañera de viaje.

Su vida estaba ahora pérdida entre los brazos del bosque que acogía su soledad en la noche. Sus pies cansados, dejaban huellas en un camino que no llevaban a ninguna parte. El cielo parecía estar lleno de misterio, los árboles golpeaban con recuerdos que volaban con alas rotas, quebradizas y sesgadas con el paso del tiempo. Su serenidad y el ímpetu del bosque, regalaban una extraña fuerza que acogía en el umbral de su esencia.

Los árboles miraban susurrando en la espesura, el viento acariciaba con intención de atraerla, la luna seguía sus pasos burlando su prisa, sus ojos alcanzaron el lugar de descanso del horizonte. Sintió deseos de recibir ternura, esa ternura que sentía escalofríos, y se escondía en el hemisferio de la verdad.

Recordó el tacto de él, suave, tan suave como la seda, suave como una brisa inesperada de verano.

No supo exactamente en que momento de su vida, sus sentimientos se disfrazaron de frialdad. Quiso entender en que instante empezó a utilizar su cuerpo. Lamentó unirse a ese hombre que le arrebató, al hombre que había amado.

Cuando un año atrás le conoció, jugó con él, con el deseo que se reflejaba en sus ojos. Después en su soledad, deseaba el tacto de esas manos, deseaba esa boca, que en la oscuridad se convertía en una entrada directa hacia sus sueños.

Sabía que nunca se borraría de su mente el momento que le perdió, y a pesar de su frialdad reflejada en una sonrisa, las lágrimas acudieron a sus ojos desde el día, que recordó su última mirada...

Él

En la inmensidad de la noche, en ese espacio que la oscuridad cubre con su manto espeso y oscuro, el aliento de él, dejaba nubes mezcladas en el frío invernal. Sus pasos se adelantaban a sus pensamientos, jadeaba y se confundía con el ruido acompasado del silencio.

Ella era un lienzo en blanco que percibía ante sus ojos.

El asfalto resbalaba sus pasos, pero absorbía sus huellas. Paró ante un muro inmenso y cobarde, como su propio miedo.

Ella jugaba en un punto perdido de su imaginación, el punto exacto entre la largura de sus pestañas, y la sensualidad de los besos que prometía su boca.

El ruido de unas botas espesas le arrancó del muro donde descansaba su espalda. La noche le engullía y en su callejón sin salida, torció a la derecha de su vida.

No me pidas más de lo que puedo dar; le había dicho ella.
Sólo quiero devorar los instantes que nos unen ahora; dijo él.
-.Arriesgas demasiado, él te matará.
-.Dame lo que necesito, después no me importará arriesgar.

Ella se dejó devorar en un atardecer que colgaba de los pies de él. En ese mundo que él le entregaba, le dio el inventario final de su deseo.

El ruido de las botas hacía eco en su sien.

Ella estaría en la encrucijada del placer, con cualquier mano desconocida en su sexo.

Los celos le asestaron una bofetada que inmovilizaron sus pies. El ruido de las botas cesó. Torció a la izquierda de su vida, y unos ojos impenetrables sonreían con un calibre desconocido entre las manos.

El ruido ensordecedor le tumbó en el oasis hasta ahora desconocido. Le pareció ver una túnica que cubría el cuerpo de ella.

Le miraba con ojos sonrientes, pero con una lágrima asomando en el balcón de su alma gélida.

Ella

La línea del horizonte se mostraba inaccesible a sus ojos.

A pesar de la profundidad de su mirada, en su interior, el viaje hacía ninguna parte se revolvía caprichoso mezclándose en la espesura de su sangre.

El horizonte azul invitaba a imaginar los ecos de su sombra. De pie en el bosque, veía un paisaje con colores de adiós, empezaba la guerra de un nuevo día, y sumisa ante sus propias emociones percibió el cansancio de una noche sin fin.

El nuevo amanecer invitaba a caminar en una senda recta hacía la realidad. Se sumergió en un movimiento acompasado, y sus pasos hablaban como instantáneas fotográficas que se tatúan en la azotea de la sensibilidad.

Sus pasos le llevaron lejos, tan lejos, como el horizonte que intentaba encontrar.

Un susurro que pareció un lamento, se filtró en su piel y sin mirar atrás, sus ojos dibujaron el perfil de un sueño que parecía real.

Se hizo audible una voz. Su mirada se cruzó con unos ojos rasgados.

Su alma se despidió de la vida. Aún tuvo fuerzas para decir...adiós.

En el siguiente amanecer el sol anunciaba su presencia, al otro lado del anochecer, unas lágrimas hablaban de él.

Reflexión sobre un adiós

Este breve relato está inspirado en una reflexión individual por mi parte, no en un acto real.

Sin embargo esta dedicado de una forma muy consciente, a todas aquellas personas que en algún momento tuvieron que decidir si practicar la eutanasia a un ser querido era una acción de amor, o como llaman en los casos reales un asesinato.

Cecilia miraba a través de la ventana y pensaba lo difícil que era sobrevivir. No sobrevivir materialmente, a la gente que conocía, le preocupaba sobre todo esto y sin embargo ella pensaba que primero había que aprender a sobrevivir emocionalmente, dominar las malas jugadas que la mente te podía causar, y una vez conseguido esto lo material era una cuestión de necesidades básicas, es decir, aprender a vivir con aquellas cosas que necesitas, no con aquellas cosas que te imponen.

El teléfono sonó. Dejó que sonara. Tenía que tomar una decisión muy importante y no quería distracción alguna. Le descolgó. Se dispuso a pensar en ello.

Que gran dilema moral tenía consigo misma. Pensó en su infancia, en la belleza del paisaje que tenía a su alrededor, en las risas de todas sus amigas que a diario se convirtieron en algo básico para ella. Su familia la responsable de su educación, de inculcarla esos valores morales tan fuertes, unos valores que ahora se volvían contra ella, qué le hacían dudar, qué no le dejaban avanzar.

¿Hasta qué punto tenía un ser humano derecho a decidir sobre su propia muerte?...

Cuando; la vida te había jugado una mala pasada y ya no eras nada, sólo sufrimiento cuando; tu morada era una sola cama, y tu horizonte lo que divisabas a través de una sola ventana, cuando; la vida te regalaba esto, ya no pensabas en nada. Ella lo sabía. Se había puesto en el lugar de quien hace unos días le había pedido que acabara con su sufrimiento.

De nada valía pedir consejo. Seguramente esta decisión sería la única en su vida que no admitiría ninguna opción, sólo su reflexión.

Que silencio tan abismal, que recuerdos tan vivos. Su alma se negaba a colaborar. Su corazón se aceleraba y casi sin pensar en ello recordó algo...

Hacía unos años ya, que había aprendido a perdonar y se dio cuenta que el secreto era ese, aprender a perdonar. Pero no a los demás, aprender a perdonarse a uno mismo, si sabía perdonarse a ella misma podía hacer aquello que él, había pedido. Era legible en su propia ley, la moral, la ley individual de cada ser humano, esa ley que te enseñaba a valorarte de una forma equitativa. Sabía que el mundo se le echaría encima, pero el qué dirán la importaba menos que la acción individual que

se demostraba a sí misma. Se trataba del amor hacía un ser humano único que ya no quería sufrir, que había decidido emprender tan valientemente ese último viaje que a todos nos daba miedo.

Copió la letra de una canción. Su corazón se tranquilizó. Memorizó la canción, no quería leer, su intención era recitar con el alma, el corazón y con un adiós, mientras unos ojos tristes descansaban repletos de paz, agradecimiento y amor.

Quiero vivir, quiero sentir.

Dedicado a Juan José, mi cuñado y amigo. Enfermo de esclerosis múltiple. Con todo mi cariño. Y a Loli, mi hermana que está permanentemente a su lado y en mi corazón.

Un rayo de sol entró por su ventana, se despertó. Tumbado en su cama sintió la necesidad de levantarse, desayunar, salir a comprar el pan, el periódico y pasear. Sin embargo se quedó inmóvil. Su deseo de hacerlo se transformó en el recuerdo de años atrás, cuando al levantarse lo hacía sin más, pues no era ninguna necesidad, sino una obligación.

Entonces no apreciaba su vida. Su niñez llena de tristeza; el adiós definitivo de su madre; la aparición de una nueva madre que no le supo entender ni querer. Se volvió huraño, se transformó y comprobó su egoísmo. Recordó las huellas que su forma de vivir dejó a todas las personas que conoció.

Que sería de ellos. En que momento de su vida dejaron de ser sus amigos/as, ¿Cuándo no pudieron soportar ya su egoísmo? Prefería pensar que fue por eso, porque la idea de pensar que le abandonaron por su enfermedad, le hizo daño, mucho daño y prefirió no pensar más en ello. Ya no le importaba. Lo que realmente le importaba era la persona que a su lado, ya despierta, le miraba dulcemente.

Como cada mañana ella no le abandonaba. Le cuidaba, ella era su vida, porque ella llenaba su vida sin egoísmo, con humildad, sin sufrimiento.

Recordó cuando al verla por primera vez no escuchó nada a su alrededor. Sólo veía sus ojos. Ahora a pesar de su inmovilidad, de su enfermedad, descubrió que gracias a ella merecía la pena vivir.

No se pensaba rendir nunca, lucharía por ella, por él, por todo. Esa reflexión le hizo entender. Debía vivir sin egoísmo; a pesar de su niñez; a pesar de la tristeza; a pesar de un adiós definitivo; daba igual de quien. Quería hacer un gran esfuerzo, pues valía la pena no hacer daño a nadie, sobre todo si después la vida te daba la espalda, te traicionaba y no te permitía ya hacer nada.

Pensó en voz alta...

Quiero vivir, quiero sentir.

Amanecer cruzado

Despierta. Ya tienes el desayuno. Es día de colegio.

El niño aún sin despertar, dedico su primer pensamiento a la excursión que había en el colegio. Con sólo tres años su ilusión en ese momento era la visita a la granja escuela. Su mamá con el cariño habitual, trajo sus cereales. Empezó a tomarlos con desgana; ¿Quién tenía ganas de comer?

Los dibujos matinales, le recordaron el sueño de la última noche ¡El sol subía muy deprisa! Había dos campos, uno era verde, muy verde. En el otro el suelo estaba roto y era feo.

-Vamos Jaime es hora de irse. ¡Llegaba la hora de la diversión!

El horizonte estaba tapado por el polvo. El terreno árido y seco recibía los intensos rayos del sol.

Unas manitas huesudas tiraban de las raíces que crecían entre las grietas. Su fuerza apenas le sostenía. Tras un sueño inquieto e intermitente de la última noche recordaba un sol que subía muy deprisa, nunca se escondía, quemaba mucho y debajo había dos campos, uno era su casa y el otro era verde muy verde. ¿Qué era?

Sus ojos reflejaban ansiedad; su mirada desesperación; su vientre hinchado hablaba del hambre.

Una leve sonrisa surgió cuando su madre le ofreció un pecho seco y agrietado. Ella hablaba ¿Cómo lo llamó? no lo recordó, ni tan siquiera tenía nombre.

Dedicado al hambre en el mundo.

Recuerdos vacíos

El paisaje languidecía ante la llegada de un otoño cargado de nostalgia. La evocación de viejos recuerdos fluía a su corazón cansado, con el vano intento de compartirlos con ella.

Miró hacía el viejo sillón. Estaba acurrucada como todos los días desde los últimos años, esperando con ansiedad esos momentos de lucidez que a veces aparecían de improviso. Entonces él, hablaba despacio. Buscaba su mirada, recordaba la vida que habían pasado juntos, le contaba las novedades de sus hijos; de sus nietos; a los cuales casi no reconocía. Ansiaba despertar en ella esa fuerza que lentamente había perdido.

Siempre se preguntaba que recuerdos quedarían en su mente. Quizás eran recuerdos vacíos, un rompecabezas que después de hacer ordenadamente y con paciencia durante toda una vida, se había empezado a desordenar pieza a pieza al chocar contra el muro del Alzheimer. El golpe brutal desordenaba sus recuerdos con una lentitud desesperante.

Su ilusión de cada día eran los momentos ansiados de lucidez. Esperaba impaciente su llegada. Cuando se producían, introducía datos cargados de energía, e imaginaba que por unos momentos el rompecabezas de su vida, aparecía ante ella con la claridad del paisaje que él veía y que ella ya tampoco reconocía.

Todo no estaba perdido. Les quedaba el lenguaje del tacto, el mismo lenguaje que ella había usado con sus hijos y que él había aprendido también. Caricias, besos, el suave y dulce tono en la voz, miradas cargadas de realidad y esperanza mucha esperanza.

Dedicado a los enfermos de Alzheimer.

Dos visiones diferentes de sentir la violencia de género

Una: Sonaba una vieja canción

Sonaba una vieja canción, una de esas canciones que evocaban ese tiempo en el que todo era posible, o al menos parecía posible.

En el pueblo donde había nacido, todo era silencio y recuerdos. Pero no por ello dejaba de sentir la paz que necesitaba. Aunque estaba acostumbrada al ruido, las calles del viejo pueblo y la brisa que en esos momentos nacía, se convertían en todo aquello que necesitaba.

Se dirigió hacia el viejo escritorio y rememoró con las fotos antiguas, viejos recuerdos de familia. Su sonrisa de cuando era niña, le recordó el aroma del pastel que hacía su abuela, las risas de su hermano al luchar con el viento cuando éste, era muy fuerte, la calidez del hogar gracias a la chimenea que le acompañó en momentos tan importantes de su vida. Como aquel día que recibió su primer beso a escondidas, y cada vez que miraba ese fuego sentía la sensación de aquellos labios en los suyos.

Entre las viejas fotos, encontró una carta. Estaba amarillenta y tenía ese aroma especial que sólo tiene el papel con el paso de los años. Era una vieja carta de amor para su madre.

Tuyo siempre Jaime...así terminaba la carta.

Leyó la carta despacio. Las lágrimas nacían tan aprisa como sus recuerdos. Dejó la carta sobre la mesa. Nunca había pensado que se pudiera escribir algo tan intenso, y pensar que su madre había despertado esos sentimientos... se emocionó antes de pensar en más detalles. Se dejó envolver por el ruido del fuego, por el recuerdo de aquellas horas vividas entre silencios y miradas perdidas de su madre. Entendió que Jaime había sido el motivo que puso a su padre el puñal en su mano. Puñal cruzado con sangre, odio y celos. Puñal que laceró esperanzas y que ahora entendía con un secreto roto.

Otra: Sueño roto

Su cuerpo sufrió un escalofrío al recordar sus ojos recorriendo su cuerpo. Los besos deseados, sus manos estudiándola, la consumación del deseo en una noche que hacía presagiar un futuro nuevo y diferente.

Al abrir los ojos apenas noto que estaba tumbada junto al balcón, donde unas horas antes su sueño había sufrido un choque brutal contra la realidad. Sus fuerzas le negaban el apoyo necesario para ponerse en pie. La sensación de humillación al notar su cuerpo dolorido, se mezcló con la cobardía tirada por los suelos. Los primeros síntomas del amanecer cegaban sus ojos hinchados. Desvió la mirada de la luz, se aferró a algo que cayó, se desmoronó.

Su hija dormía encogida. Su boca estaba apretada como si el sueño la provocará dolor y entonces recordó su llanto, su voz susurrando... déjala, no le pegues más.

¿Qué hora era? El reloj parecía estar muy lejos, la verdad, daba igual, todo daba igual. Se metió bajo la ducha, disfrazó su corazón con un velo impenetrable, preparó lo necesario.

-Despierta mi amor, nos vamos lejos.

La niña quería decir muchas cosas, pero calló. Nunca olvidaría sus ojos, ni tampoco sus manos cuando hacían daño a su mamá.

El amanecer despuntaba. La realidad festejaba esperanza.

No cabía imaginar
en un beso acompasado
un puñal henchido de celos.

No sentía el corazón
tu otro yo
no entendía
que tus manos
partieran mi vida
en dos.

Matadores los momentos
que inflamaron
tus sentimientos.

Amor en soledad

Aparecía un nuevo paisaje ante sus ojos. El brillo que el rocío había dejado en la arboleda, se filtraba por cualquier rincón que pudiera ser bañado por los rayos del sol.

Un instante y otro más eran en esos momentos su alianza hacia la realidad. No era necesario más. La belleza del paisaje se pegaba en su retina. El silencio se convertía en esa melodía que nunca lastima al escuchar. Se dejaba envolver por la hermosa canción de la vida que no siempre ahoga. Junto a la arboleda un niño jugaba con las hojas caídas, su risa se mezclaba tras los cristales con los pasos que la soledad daba lentamente en su corazón. Una soledad que había decidido, buscado, para no lastimar su corazón y quizás el de alguien más.

Cerró los ojos intentando evocar una imagen que aunque no moriría nunca, ahora dormía. -Nunca dejaré de quererte-, lo dijo sin querer, en voz alta. El silencio devolvió el eco del sentimiento que vivía en las rejas inquebrantables de la distancia, una distancia que ocupaba todo el espacio de cualquier sentimiento que pudiera nacer a partir del instante, que dijo adiós

Nunca dejaré de quererte. Ahora sólo lo pensó. Sabía que no había dado un portazo a un sentimiento, había olvidado cerrar la puerta, ésta, seguía entreabierta. Pero el espacio para entrar era tan frágil, que temió que el muro de la esperanza que sostenía, se pudiera romper en pedazos y todos ellos se perderían, en el silencio que invadía todo. Había empezado a llover. El niño que jugaba con las hojas caídas corría hacia el calor de unos brazos protectores. En esos momentos sintió el cálido bienestar de un recuerdo que nunca se perdería en los hilos de la distancia. Le pareció que en su jardín brotaba una flor de abril.

Sólo soy... yo

Natalie se perdía en el tumulto de la gran ciudad. Sus pasos eran firmes y el ruido de la urbe, no conseguía traspasar el velo de sus pensamientos. No miraba hacía atrás. En su mano derecha aferraba su bolsa de viaje. En su mano izquierda guiada por los latidos del corazón, sostenía sus recuerdos. Todo esto y su soledad, formaban su equipaje.

Las luces de las farolas alumbraban sus pasos apresurados. Al final de la calle que dormitaba en la oscuridad, vislumbró el tren que le arrancaría de lo que hasta ahora había sido su pasado.

El paisaje se veía a través del cristal, con ese brillo que la lluvia deja a su paso. Los campos relucían en los espacios que acariciaban los tenues rayos del sol. Natalie pensó que era una pena no poder aspirar el aroma de la tierra recién mojada. Cerró los ojos recordando el olor de los nogales.

Cuando era niña, los instantes nunca eran presos del tiempo. El pasar de los días, eran aventuras repletas de emociones. Los olores del entorno formaban un gran universo en sus sentidos. Los colores hablaban con su imaginación, con sus sueños.

Un enorme nogal era lo primero que veía por su ventana. Ese árbol se convirtió en la sombra de sus sueños cuando al dormirse, preguntaba en su mundo de fantasía, si él sabía, lo que soñaría esa noche.

Ahora, mientras los campos daban pasó a un pueblo dominado por una hermosa ermita, sintió sus manos frías y cansadas. Se dejó llevar por los instantes que se habían quedado prendidos en sus dedos.

Frente a ella, un niño descansaba en el regazo de su madre. El niño miraba entusiasmado el movimiento que Natalie hacía con los dedos. De forma involuntaria mantuvo sus manos quietas, y el niño al advertir su mirada sobre él, bajo tímidamente la vista. Volvió a mirarla y sonrió. Al cruzarse su mirada con la madre del niño, Natalie, sintió ese estremecimiento que otras veces había sentido cuando alguien, miraba con ese desprecio hipócrita y camuflado que conocía tan bien.

A pesar de la evolución del hombre en el mundo que lentamente nos absorbía, había ciertas cosas que nunca cambiaban.

Una vez una buena amiga de raza blanca había dicho; "las personas de raza negra como tú tienen la mirada mezclada con desconfianza y superioridad; es latente incluso en personas que han nacido y crecido rodeados de respeto e igualdad; es una característica que las personas de tu raza lleváis impresa en la sangre y los genes; se ha transmitido de generación en generación y estoy segura que es algo así cómo -un escudo de defensa-". Su amiga había aprendido a interpretar esa mirada al ver entrar a una persona de raza negra, en un espacio dominado por personas de raza blanca.

Natalie nunca olvidó las palabras de su amiga. Era algo en lo que ella nunca había pensado. Con el tiempo comprobó que su amiga tenía razón. En realidad esa mirada era una actitud de orgullo y autodefensa.

Ahora recordaba aquella vez cuando su abuelo dijo; “Nunca penséis como personas de raza negra, pensad y actuad simplemente como personas. Sí no lo hacéis así, durante toda vuestra vida tendréis que defenderos por ser de color” En ese momento, antes de bajar del tren, miró fijamente a la madre del niño y sonrió sin bajar la mirada.

La autora

Ana Belio Gámez, nació en Olten (Suiza), aunque desde los 7 años reside en Madrid.

Sus estudios son los elementales y a ellos se puede añadir un curso de secretariado; ofimática empresarial y auxiliar de puericultura; y finalmente la cocina, que se ha convertido en mi profesión.

Su gran pasión además de sus hijas es escribir, algo que ha descubierto apenas hace unos años.

En su blog *Máter* (www.mater.obolog.com) he empezado a dar a conocer lo que he escrito hasta ahora.

Le gusta escribir poesía, breves relatos, reflexiones, pero sobre todo transmitir a través de ello.